



SCRIPTORIA

LIBROS ESCRITOS A MANO

JUAN MORENO RODRÍGUEZ

SCRIPTORIA

LIBROS ESCRITOS A MANO

ISBN 978-607-98542-0-1

Juan Moreno Rodríguez

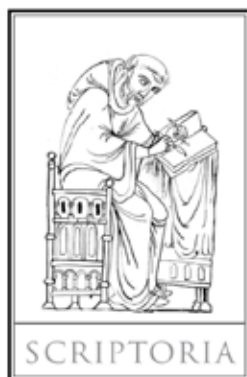
• S C R I P T O R I A •

Felipe Martel No. 21,
Álvaro Obregón, Ciudad de México
2019



SCRIPTORIA

LIBROS ESCRITOS A MANO



JUAN MORENO RODRÍGUEZ

• 2019 •

Es asombroso y maravilloso
que los hombres hayan podido
a través de su observación
perseverante, su vigilancia
continua y sus exploraciones
arriesgadas, determinar la medida de los cielos,
sus movimientos rápidos y lentos, sus proporcio-
nes, el tamaño de las estrellas - no solo de las cer-
canas sino también las más lejanas - y la geo-
grafía de la tierra y los mares: cosas que,
ya sea en su totalidad o en sus partes más
grandes, nos parecen razonables; cuanto más
maravillosa debemos estimar la investigación
y la descripción del lugar y la forma del:

ÍNDICE

7 SCRIPTORIA
 LIBROS MANUSCRITOS

18 TRANSCRIPSIT
 ET MINIAVIT



LIBROS MANUSCRITOS

•

“Haz que mis textos sean leídos
ya que he escrito por orden tuya”

Etimologías.

San Isidoro de Sevilla. ca. 1160.

TRANSMITERE

Hace aproximadamente 27 siglos, la forma física y el concepto de aquello que conocemos hoy día como libro, respondía a una necesidad distinta a la nuestra. Primordialmente los libros de aquella época eran objetos que permitían la transmisión del saber humano. Las tablillas de arcilla, los papiros o las tablas preparadas con cera e inscritas con un estilo (instrumento de metal o marfil para escribir sobre un soporte blando como arcilla o cera) fueron durante muchos siglos el medio que parecía ideal para dicha labor, pero en su momento se tornaron difíciles de almacenar o las condiciones para ello resultaban ser especiales y poco prácticas, dado que se enrollaban u ocupaban mucho espacio al almacenarse. Imaginemos, por ejemplo, el tamaño de los anaqueles necesarios para contener un conjunto de rollos o de tablillas que, además de todo, en ciertas condiciones podían ser destruidos fácilmente debido al clima o el fuego. Los papiros son muy frágiles respecto de las variaciones de humedad y las tablillas eran voluminosas y resultaban quebradizas, pues no era común cocerlas. En la actualidad poseemos algunos de estos documentos, pero han de ser manejados con sumo cuidado y resguardados en condiciones especiales.

Aunado a todo ello consideremos que este tipo de documentos no eran manejados por cualquier persona, pues únicamente nobles, sacerdotes, altos funcionarios o estudiosos tenían acceso a ellos. En el mundo antiguo, la acción de escribir, estaba reservada a unos cuantos. Recordemos que los escribas egipcios debían memorizar una gran cantidad de jeroglíficos, para poder realizar su trabajo de registro de datos eficazmente, ya fuera escribiéndolos o grabándolos sobre piedra. En este caso, la forma de escritura será relevante por la importancia que resguarda la relación entre la forma que representa y la memorización de la misma para fines prácticos. Un sistema jeroglífico, cuneiforme o ideográfico, resulta complejo mientras mayor sea la cantidad de representaciones que maneje no sólo al momento de escribirse sino también al momento de leerse. Así, cuando el alfabeto griego y el abecedario romano aparecieron, la combinación de un conjunto pequeño de signos –las letras– se abrió en la historia de la escritura una posibilidad mediante la cual se podría escribir cualquier palabra gracias al infinito número de combinaciones posible de un conjunto pequeño de signos. No obstante, el acto de escribir y de leer estuvieron reservados a una minoría durante varios siglos por razones que no se refieren únicamente a una falta de interés del hombre por llevarlas a cabo, sino porque ello no era imprescindible en un mundo organizado de tal forma en que eran otras y altamente relevantes las necesidades básicas de la vida cotidiana. En lo que se refiere al registro de cantidades y magnitudes, hemos tan solo de considerar que en el caso de los jeroglíficos, ocasionalmente una figura servía para represen-



tar una palabra, una idea y una cantidad. Cuando durante el periodo romano se emplearon letras para poder signar un número el problema consistía en poder realizar efectivamente un cálculo matemático empleando letras, sobretodo si las cantidades eran muy grandes, es decir, mas allá de las decenas. Cuando se introdujeron, hacia el siglo XII d.C., los números arábigos en Europa, gracias Leonardo de Pisa, Fibonacci la necesidad de contar con un cálculo ideal para la contabilidad del comercio, la practica del manejo de ocho cifras permitió el representar cualquier número incluso sobrepasando los millares con gran sencillez y eficacia. Muchos documentos escritos sobre rollos de papiro se usaron hasta el siglo V d.C., pero ese frágil material debió sustituirse por otro más fácil de manipular, conservar y almacenar.

Se utilizó el pergamino obtenido de pieles de animales, un material costoso ciertamente, pero más fiable al trabajar y conservar. Inicialmente los primeros documentos realizados sobre pergamino eran pieles completas que se enrollaban, pero posteriormente se doblaron y cortaron a tamaños en que se procuraba no desperdiciarlo para dar pie a la formación de volúmenes de forma cuadrangular a los que conocemos con el nombre de códices o cuadernillos, los cuales resultan ser el antecedente del libro como lo conocemos hoy día formal y conceptualmente.

A partir del siglo III de nuestra era, el códice y luego el libro, serán la forma documental más importante de la humanidad en el occidente. Los primeros libros que poseemos de estos periodos están realizados sobre pieles ocasionalmente de burro; de cabra, ternero, gacela, ciervo y camello con pocos colores y muy pocas figuras o representaciones. Al pasar de los años, poco a poco, se fueron mejorando y perfeccionando las técnicas necesarias para la elaboración de los libros que implicaban oficios especializados como el escribir, realizado por un maestro amanuense (*scriptarius*); la pintura y decoración, hecha por un iluminador (*rubricator*) y el encuadernador (*ligator*). De cuerdo con Estephan Füssel, “para la confección de un códice de entre 600 y 800 hojas hacían falta entre 300 a 400 pellejos de oveja. Para hacerse una idea, se podría decir que era necesario sacrificar y despellejar un rebaño entero de ovejas para uno sola obra”¹.

Para la decoración de los libros amanuenses se utilizaron tintas extraídas de plantas, animales, piedras preciosas y minerales como el lapislazulí, la plata o el oro. Muchos de estos materiales debían ser preparados por el escriba o iluminador como parte de su oficio. En algunos casos notables se sabe que algunos iluminadores también fueron pintores que realizaban trabajos de gran tamaño como murales al fresco o retablos. Así pues, la pintura al temple o tempera era entonces una técnica que no sólo se empleaba para los trabajos amanuenses sino para la pintura

1 Andreas Fingernagel. *Esplendor y lujo de las biblias iluminadas*. Taschen, Alemania, 2004. p. 20.

de mediano y gran formato que se desarrolló al final de la Edad Media y principios del Renacimiento. Entre ellos destacan Jan Van Eyck o Botticelli de quienes tenemos miniaturas de carácter devocional y literario que nos permiten afirmar que, el trabajo del iluminador será un antecedente directo de algunas de las técnicas de la pintura medieval y renacentista, mismos que los aspectos compositivos e iconográficos que serán consecuentemente canones a seguir.

La acción del escriba o del artesano implicado en la factura de los libros amanuenses era más que un oficio, era un acto socialmente más que aceptable o importante. En una miniatura de los 20 libros de las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla conservado en la Biblioteca Nacional de Baviera, en Munich, aparece un amanuense en el momento de su muerte. Jesucristo está sentado junto a él con un libro entre manos; juzga su vida. Un ángel pesa en una balanza un códice que la inclina. La copia de un texto valioso se consideraba una acción para ganar el cielo.

Como en la antigüedad, los libros continuaron siendo objetos documentales que no eran accesibles a todas las personas. Existía un alto número de personas analfabetas y además, muchos de los temas a tratar estaban vedados por cuestiones religiosas o eran conocidos únicamente por copistas, eruditos o estudiosos. Podríamos decir en última circunstancia, que efectivamente la fabricación de un libro era una empresa costosa y que no cualquiera la podía pagar; pero aún cuando esta imagen parece tener cierta lógica y sernos familiar porque se considera que la Edad Media fue una época oscurantista, la razón económica no es en sí el único factor por el cual ha de verse al libro amanuense como un objeto de lujo producido para una clase social elitista o educada. Ante todo debemos entender que el analfabetismo no era una cuestión de importancia, en un mundo organizado socialmente con base en la producción agrícola como lo fue el sistema feudal, como ya antes hemos mencionado. Así pues, pareciera que sólo aquellos con suficiente riqueza o tiempo podían dedicarse a una actividad tal como la escritura y la lectura ya fuera de textos religiosos o textos escolares. Por ello es frecuente poder afirmar que las ordenes monacales como las benedictinas principalmente, eran las encargadas de la producción de libros a partir del año 530 d.C. Al derrumbarse el imperio romano, recayó en la iglesia católica y por lo tanto en el papado, la responsabilidad de preservar el legado cultural de la antigüedad clásica grecolatina y cristiana, por lo que con el apoyo de los monasterios se dieron a la tarea de preservar textos en sus bibliotecas. Aunado a ello y dado la autosuficiencia productiva de muchos de esos conventos, los monjes comenzaron a reproducir esos textos a manera de actividad disciplinaria.

“Ora y trabaja” máxima de san Benito de Nursia, expresa el sometimiento a la autoridad eclesiástica en la cual está implícito el compromiso de vivir en comunidad y realizar las labores encomendadas por un superior, en busca de una vida espiritual que conduzca a Dios mediante

acciones disciplinarias durante la vida cotidiana. Una de ellas era la de escribir, para copiar las Sagradas Escrituras primero, y posteriormente otros textos diversos.

La regla benedictina conlleva en si misma la acción de aprender el evangelio y de transmitirlo mediante la predica, pero sobretudo mediante la transcripción integra de la palabra divina para su divulgación. Esos monasterios del siglo v y vi d.C., resultaron ser resguardos culturales que estaban conformados por colecciones de entre 30 y 60 libros y que poco a poco irán creciendo hasta conformar inventarios de 1500 libros ya para el siglo xv, gracias a la labor que los monjes realizan como parte de su disciplina diaria. No hemos de pasar por alto que una vez coronado, en el año 800, Carlomagno comenzó una reforma cultural muy importante mediante la creación de bibliotecas, pero sobre todo gracias a la creación de la minúscula carolingia se desarrollo de mejor manera la acción del escriba, pues entre otras cosas hacia más práctica la acción del trazo de la escritura y causaba una mejor lectura de la misma. No sobra decir que esta revolución cultural se dió gracias a la participación de monjes cenobios benedictinos, quienes afanosamente introdujeron la nueva escritura mediante la realización de una gran cantidad de documentos y que tal iniciativa continuaría por varios siglos más.

Durante la Edad Media se produjeron dos tipos de textos básicamente. Los textos religiosos y los que servían a los Estudios Generales, antecedente de los estudios universitarios. Entre los religiosos destacan la Biblia –el texto más importante de este periodo histórico– y otros como los Salmos, los Breviarios o como aquellos que servían a la liturgia eclesiástica como los Misales.

El texto era la base de la predica. La palabra de Dios era incuestionable e inalterable gracias al texto y de ahí su gran valor e importancia. Esta idea de integridad, se paecía a la idea hebrea en que el texto bíblico debía ser copiado sin error alguno, respetando todo punto y coma pues es la palabra de Dios, ya que algunas tradiciones indican que fue por un error de este tipo que el mal entró en el mundo. A pesar de que la mayoría no sabía leer, el texto cumplió inicialmente con el propósito de transmitir y preservar el evangelio, pero posteriormente se le fueron incorporando imágenes descriptivas de la vida de Jesús fáciles de entender por cualquier persona y gracias a lo cual se fue conformando una iconografía cristiana que perdura hasta nuestros días. La narrativa visual era precisa y clara, se enfocaba en acontecimientos clave de la vida de Jesús y poco a poco se fue extendiendo a las vidas de otros personajes como los de la Virgen María, los apóstoles y los santos. Es obvio que en su momento, estas narraciones entendidas en esa época como históricas pernearon en un modo narrativo que visualmente se fue enriqueciendo para

que un público diverso las pudiera entender con facilidad, dotándolas de significación religiosa. A partir de esta época, imágenes como las de la última cena o la crucifixión de Jesús serán guardadas en la memoria de la colectividad y se transmitirán de generación en generación casi inalterables.

Aunque los monasterios fueron original y mayoritariamente los centros de producción de los libros hechos a mano, ciertamente no fueron los únicos lugares en que se llevó a cabo tal actividad. Había *scriptorium* o *scriptoria* que no eran monacales pues algunas universidades llegaron a tener necesidad de contar con ellos para su producción de manuscritos. “A partir de finales del siglo XII, las condiciones de la elaboración de libros empezaron a cambiar radicalmente. A pesar de que algunas órdenes, en particular los dominicos, los franciscanos y los cartujos, se afanaban por elaborar textos críticos de la Biblia, la producción de libros comenzó a trasladarse de los *scriptoria* vinculados exclusivamente a un monasterio al ámbito profano y universitario”.² En algunos casos, se sabe que ya a finales de la Edad Media los escribas fueron incluso mujeres. Los textos que no eran religiosos, eran textos que contenían el saber humano existente hasta aquel entonces y que en algunos casos podía estar vedado por cuestiones de creencia o dogma religioso. Sin embargo los estudiosos necesitaban de dichos textos para poder preservar ese conocimiento y en su caso tratar de ampliarlo. Muchos documentos de la Edad Media de este tipo, provenían de fuentes árabes, que preservaron textos de gran importancia del mundo antiguo griego y romano que abarcaban literatura, gramática, matemáticas, astrología, filosofía, botánica o medicina por mencionar algunos temas. Por la importancia de este saber, fue necesario traducir esos textos del árabe al latín y en casos muy particulares a otras lenguas vernáculas. Los maestros y alumnos de los llamados Estudios Generales, empleaban este tipo de libros y muchos de ellos los memorizaban y eran empleados como base de las discusiones escolásticas. Se dice que personajes como Tomás de Aquino o Juan Escoto eran eruditos entre cuyas capacidades se encontraba la de conocer de memoria, todos los libros escritos hasta su época. Ese tipo de libro en su momento se producirá gracias al sistema *pecia*, mediante el cual, un escriba transcribía unas cuantas hojas de la totalidad de un texto; mientras que otros hacían lo propio para reducir el tiempo de copiado de un libro dadas las necesidades que se presentaron con el surgimiento de las universidades.

El libro fue entonces un objeto cuya relevancia social puede advertirse desde muchas perspectivas durante toda la Edad Media. A la aparición de la imprenta en el siglo XV, la manera de producir un libro cambió drásticamente pues la facilidad con que podía reproducirse un texto cobró relevancia en términos de tiempo y costo. Hacia finales del siglo XVI la necesidad de hacer libros manuscritos empieza a desaparecer pues la imprenta logra imponerse como un sistema

editorial muy productivo que traerá varias consecuencias consigo; entre ellas la de hacer un texto sagrado como el de la Biblia, tan próximo que no sólo quien pueda pagar por él lo lea, sino que además lo haga en su idioma y en la privacidad de su hogar.

Gracias a la imprenta, la divulgación de la Biblia en español, inglés y alemán resultan ser, un hecho histórico que afectó el orden social y religioso imperante durante el siglo xv, que además trajo como consecuencia, el reordenamiento de Europa durante el período de la Reforma protestante y la Contrarreforma. Pero este tránsito de lo manual a lo impreso, sustancialmente alteró la forma de pensamiento humano de una manera inimaginable, pues reorganizó la relación del hombre con Dios y su concepción del mundo. Dado que el libro escrito a mano fue sustituido por el impreso, a partir de finales del siglo xvi, con gran velocidad y fuerza, esto permitió que la accesibilidad a los libros se incrementara como no había sucedido hasta entonces. Los mecenas que antes costeaban la copia manual libros, empezaron a procurarse grandes bibliotecas gracias a la imprenta con mucha prontitud. Anterior al sistema de reproducción de Gutember, la gente era en su mayoría analfabeta, pero ante la posibilidad de poder adquirir un libro más rápido y de modo más económico tuvo que aprender a leer y escribir si quería adquirir conocimiento y con ello ascender en la escala social. El libro popularizó la educación y democratizó el conocimiento, aunque de modo incipiente pero esperanzador. Durante un estimado de ochenta años, la superioridad tecnológica debió enfrentar el lujo inigualable de la fabricación manual. Pero fue una cuestión de tiempo para que el libro impreso se impusiera como un objeto popular y económico.

Algunos de los últimos tipos de libros que se hicieron a mano, fueron los llamados Libros de Horas. Este tipo de libro de carácter devocional fue capaz de mostrar todavía durante el periodo de aparición de la imprenta, la riqueza de cada uno de los patronos que los encaban al momento de costear los mejores y más caros materiales tal y como se estilo durante la edad media. Algunos de estos libros, por ejemplo, poseen páginas que fueron teñidas en color negro y escritas o pintadas con oro y plata. Incluso hoy día, un libro como estos, es raro y extremadamente costoso, pues parece que solo existen tres de ellos.

Entrado el Renacimiento, todavía se realizaron algunos manuscritos tales como biblias o algunos otros de temas literarios, pero la producción de ellos comenzó a decaer. El libro religioso dejó ser objeto de atención de la producción y dio paso al libro de literario primero y luego, al libro de carácter educativo, es decir, a aquellos libros que referían a un conocimiento como el de la gramática, la aritmética o matemática, o la medicina, por citar algunos ejemplos.

Hay un dato relevante respecto del desarrollo del libro impreso que solemos obviar o pasar inadvertido. A diferencia de los manuscritos, las primeras biblias de Gutenberg requirieron

de iluminadores para completar el trabajo de decoración de las iniciales de los textos y demás ornamentos e ilustraciones. Pero conforme la impresión fue tomando fuerza, los libros emplearon el grabado en madera como el medio ideal para ilustrar sus textos y ocasionalmente algunos de estos grabados se coloreaban a mano pero por lo general eran monocromos. Una de las reproducciones de la Biblia de Lutero, impresa en alemán, incluye grabado en madera realizados por Hans Holbein un importante pintor famoso por la velocidad con que producía pinturas y grabados. En algunas de las biblias impresas de este tipo, los grabados fueron todavía coloreadas a mano por lo que consecuentemente, tenían un costo distinto.

Entre el siglo xv y el xix el grabado fue la técnica dominante para la ilustración de libros, pero al aparecer el proceso de litográfico y el fotográfico, las imágenes pudieron reproducirse con una mayor fidelidad a la realidad en blanco y negro o, en color. Muy probablemente ello provocó la idea de que una imagen podía ser mejor que el texto escrito dado que la imagen además de complemento fungía como una evidencia directa en la que el lector podía interpretar lo conveniente. Los primeros libros litografiados se imprimían en blanco y negro y posteriormente a color pues se descubrió la forma de hacerlo. Tal y como sucedió con el grabado en madera, por una diferencia de precio, la litografía ofrecía al lector una imagen mucho más real al tener color. Aunado a ello, también debemos entender que con la aparición de la fotografía, la imagen efectivamente se hizo más próxima a la realidad física y ello tuvo en la colectividad un efecto sin igual, pues, poco a poco, la gente fue exigiendo una mayor calidad en cuanto a la objetividad representacional del mundo para asumir así una mejor comprensión común del mismo, por una menos particular y subjetiva como la gestada por una representación enteramente manual ante una perspectiva individualizada.³ Por supuesto que esta reflexión tiene que ver con aquello que corresponde a la apreciación visual hecha frente a un libro impreso o un libro hecho a mano, en que la experiencia personal, como podríamos afirmar, resulta ser distinta.

Por último, hemos de mencionar que en el próximo y lejano Oriente el libro tuvo un papel social muy parecido al que desempeño en el Occidente. Fundamentalmente fueron los árabes los que realizaran trabajos muy parecidos a los realizados durante la Edad Media. De hecho las dos grandes temáticas fueron también la religiosa y la de temas diversos. Entre los libros árabes más hermosos podemos encontrar el Corán, que como bien sabemos, es la palabra revelada al profeta Mahoma o textos que hablan de zoología, matemática, astrología o medicina por mencionar algunos. En el caso de El Corán debemos recordar que por lo general, las decoraciones de

³ Reflexión hecha durante el curso “Impresión Litográfica” en la UAM AZCAPOTZALCO, con el Prof. Michael Twyman. Department of Typography & Graphic Communication at the University of Reading. 2010.

este texto revelado debían someterse a ser ornamentos y no representaciones figurativas, pero a diferencia de ellos, los textos hechos para los estudiosos y para compilar saberes muy diversos eran tratados con la mayor de las atenciones al momento de ser ilustrados. Del mismo modo que en el occidente, el material común fue el pergamino y luego el papel, debido al contacto con el lejano oriente a través de la ruta de la seda. Los materiales para la decoración eran obtenidos del reino animal, vegetal y mineral resultaban costosos.

En otras partes del mundo como en el Tíbet y la India, el libro hecho a mano se produjo generalmente a partir del uso de piezas rectangulares obtenidas de plantas o pieles de animales a manera de piezas sueltas como si de tarjetas se tratara, aunque también se empleó la forma de rollo. Las temáticas dominantes de estos libros fueron también la religiosa y normalmente la crónica histórica inicialmente. Como en el occidente, gracias a la búsqueda del conocimiento, el libro apareciera en el mundo oriental como una fuente de registro que permite la accesibilidad y la transmisión de todo el saber. Desde sus inicios, los libros resguardan el saber como un regalo divino que en muchos casos parece conducir únicamente a explicaciones de carácter religioso, pero que en el caso de las fuentes orientales más antiguas por nosotros conocidas, no responden a una explicación tan simple ni dada en esa consecuencia sesgada. Libros como los Vedas de la India, son grandes compendios de conocimiento que versa sobre medicina, botánica o astrología, que está entrelazado con versos o himnos de carácter ritual. Para el mundo occidental, tal fusión de conocimiento y religiosidad ocasionalmente parece imposible, pero si tomásemos en cuenta que en su contexto histórico tal conocimiento resulta un ser producto de una observación de corte científico verificable, nuestra apreciación se tornaría distinta.

En China y Corea, el libro tuvo una historia algo diferente pues el papel y la imprenta al parecer, ya eran comunes en el siglo II a. C. En ese sentido, los libros chinos y coreanos se adelantaron siglos antes al concepto de publicación masiva. Sus temas eran filosóficos y de conocimientos como la astrología y la literatura.

En Japón la mayoría de los libros se mantuvieron formalmente a manera de rollos escritos e ilustrados realizados sobre papel durante varios siglos. Es probable que hacia el siglo XVII, la forma del libro cambiara y que comenzara a semejarse al libro de papel hecho en China que se reproducía mediante grabados de madera y que constaba de varios pliegos de papel doblados para formar cuadernillos que unidos entre sí. Muchos de los primeros libros japoneses son crónicas históricas que en su mayoría son tratadas a manera de novelas. También los hay cuentos y obras religiosas. En todo este proceso literario, resulta que son las mujeres quienes se encargan de la escritura de muchos de estos libros y que incluso, son ellas las que favorecen un avance en

el uso de una escritura en que los símbolos chinos conocidos como “kanji” son complejos en cuanto su memorización y uso. Al parecer, fue la narración femenina literaria, la que dio paso al uso de una forma de escritura en el que la representación fonética hizo parcialmente a un lado la memorización de signos ideográficos. Gracias a ello muchos de los signos ideográficos, tan complicados de escribir, podían sustituirse por su representación fonética o complementarse, lo que permitió a muchos japoneses entrar en contacto con la escritura y la lectura a partir de un periodo en que aparecen historias como la historia del príncipe Gengi de Murasaki Shikibu, autora del siglo XII de nuestra era. Este cambio del escrito que deviene de la literatura, prontamente se aplicará al registro documental de gobierno y se mantendrá hasta bien entrado el siglo XVIII.

Hacia el siglo XVIII y XIX muchos artistas, produjeron álbumes de en que se retrataba la vida cotidiana del Japón feudal con gran maestría. Muchos de estos trabajos representaban al hombre trabajando en distintos oficios, paisajes, plantas o animales mediante elaborados grabados hechos con varias placas para poder hacer registros de color. Uno de esos célebres artistas fue Katsushika Hokusai (1760-1849) del cual han llegado hasta nuestros días una buena cantidad de este tipo de libros que son el antecedente directo de los comics japoneses llamados Manga tan populares hoy día.

A lo largo de la historia humana, el tema religioso está siempre presente y por lo general como parte de la transmisión del conocimiento humano antes que el de otros saberes. Tal vez ello está condicionado, porque desde un punto de vista gnoseológico, las preguntas acerca de la existencia del mundo, de las cosas y del propio hombre siguen siendo las mismas desde el principio de la humanidad a pesar de la gran cantidad de explicaciones que poseemos acerca de estas mismas preguntas, pero para las cuales, la objetividad no ha sido ni basta ni suficiente como la revelación de una verdad. El hecho es que el conocimiento en su conjunto, debió partir de la pregunta de lo inexplicable para el hombre y que por ende lo trasciende no sólo como mágico, sino también como divino. El progreso del conocimiento humano debió usar un objeto que le permitiera registrar, resguardar y transmitir lo visto, lo entendido y por lo tanto aprendido. Ese objeto fue el libro. No puede entonces resultarnos casual que muchos de los primeros libros de la historia de la humanidad, sean libros que refieren a lo divino y que de esta idea de comprensión de lo inexplicable, resulte el conocimiento de lo que sí puede explicarse. En consecuencia la distinción del libro como un objeto que es portador del conocimiento y no sólo un objeto contenedor material, indica que en nuestra ha jugado un papel primordial en nuestro desarrollo humano.

Para quienes discuten el alcance tecnológico de la fabricación de libros y su impacto, resulta difícil entender que el libro en su origen, dotó al hombre de una capacidad que ninguna máquina podría brindarle y no es otra que la de la comprensión. La lectura, pero sobre todo la escritura, permiten al hombre el desarrollo de una capacidad intelectual en la que es reconocible el cuestionamiento constante de aquello que se hace mientras se escribe y no solo del significado de lo que se escribe. A diferencia de la lectura, la escritura requiere un ejercicio y capacidad cerebral más intensos, pues además de que debe posibilitar el reconocimiento de la forma escrita y su reproducción, se ve obligada a la conformación gramática y sintáctica de lo que se pretende escribir. Pero, el libro, es el libro, sin importar cual sea su forma. •



TRANSCRIPCIT ET MINIAVIT

“¡Oh afortunado lector,
lávate las manos antes de coger el libro,
pasa las manos con cuidado y
aleja tus dedos de las letras.
Aquél que no sabe escribir
no conoce el trabajo que comporta.
Oh, cuán difícil es la escritura:
enturbia la vista, tortura los riñones
e inflige un suplicio a todos los miembros.
Tres son los dedos que escriben,
pero es todo el cuerpo el que escribe”
Diccionario visigodo. s. III d.c.

Los Scriptoria eran los lugares en donde se transcribían y miniaban los textos que habían de conformar los libros manuscritos. Algunos de estos libros tardaban años en realizarse pues inicialmente se encomendaba la transcripción de un texto una persona y en ocasiones ese mismo texto lo copiaba en varias ocasiones a lo largo de su vida. Una Biblia con una extensión de 1200 páginas aproximadamente, podía ser copiada en un tiempo de dos a tres años. Existen algunos casos de libros en que un escriba fuese también un autor, si consideramos que lo que realizaba además de copiar era comentar o realizar glosas al respecto de dicho texto. La acción de miniar o decorar las páginas manuscritas consistía en realizar el dibujo a línea de las letras capitulares con que se iniciaba un texto, pintar una imagen alusiva al mismo o hacer las decoraciones de los bordes o márgenes de la página del mismo. La palabra *minimum* de origen latino, se empleaba para designar un tipo de color rojo empleado en dibujos pequeños que con el tiempo darían origen a la palabra miniatura.

El oficio de escriba no era el mismo que el de miniaturista, pero es posible que hayan existido artistas capaces de ambas cosas. Pero dado el tamaño de la empresa del libro manuscrito, una y otra actividad estaban bien diferenciadas. A pesar de ello, existen un tipo de códices –cuadernillos– que dejan saber que en ocasiones el escriba y miniaturista debían saber un poco de la profesión del otro; estos son los *libros de modelos*. Este tipo de códices son compendios que

contienen tipos de escritura en los cuales basarse para realizar su oficio y bocetos de figuras de hombres, plantas, animales, paisajes u otro tipo de decoraciones.

Habitualmente el proceso comenzaba con la transcripción del texto, dejando espacio para las capitulares y miniaturas que se harían posteriormente. Para la decoración se comenzaba dibujando las letras, figuras humanas, aves, animales, florituras o *drôlerie* o demás decorados; luego se procedía a aplicarles oro y finalmente a colorearlas. Una vez terminados los folios se encuadernaban ya fuera con pieles, telas o metales preciosos. El *Codex Aureum*, el Libro de Kells, la Biblia de San Luis Rey, El libro de Horas Esforza, son algunos libros que dan ejemplo de un extrem refinamiento en cuanto la factura de los mismos. Solamente, el Libro de Kells, manuscrito irlandés del siglo VII d.C., cuyo tema son los evangelios, es considerado una obra maestra que según la leyenda fue realizado por ángeles debido a la gran calidad estética que posee. Elaborados y estilizados diseños y caligrafías fueron hechos con materiales muy alta calidad. Hoy día algunas compañías editoriales se han dado a la tarea de tratar de reproducirlos no como facsimilares, sino como *cuasi originales*, término con el que tratan de hacer notar el esmero que se pone en reproducir por medios mecánicos y acabados manuales un número limitado de reproducciones, numeradas y notariadas, de libros cuya relevancia histórica expresa el espíritu del pensamiento humano en la búsqueda de conocimiento y que dotados por la mano hábil de conjunto de artistas y artesanos son invaluableles.

“Un monasterio sin libros es como una ciudad sin recursos, un castillo sin murallas, una cocina sin utensilios, una mesa sin platos, un huerto sin hortalizas, un prado sin flores y un árbol sin hojas”. Sin lugar a dudas, la cita tribuida al canónigo Geoffroy de Sainte Barbeen-Augede de 1170, es muy clara. •





GLOSARIO

Alfabeto: Sistema gráfico que representa las unidades de sonido de la lengua griega, denominada así por las dos primeras letras “alfa” y “beta”.

Abecedario: Sistema gráfico que representa a las unidades de sonido de la lengua romana, denominada así por las dos primeras letras “a” y “b”.

Bula: Documento pontificio sellado con plomo cuyo uso se remonta a la antigua Roma.

Caligrafía: (*gr. Kaligraphia, Kalligraphía, kalos*, hermoso o bello) que significa escritura o descripción bella.

Códice: (*lat. Caudex*, significa pedazo de árbol). Hace referencia a la forma externa en contraposición al rollo.

Colofón: palabra de origen griego que significa escrito final. Es comunmente la nota final de todos los manuscritos e incunable que contiene información acerca del amanuense o el impresor, el título, el lugar y la fecha de realización.

Capitular: del latín que significa pequeña cabeza. Letra inicial distintiva por su mayor tamaño con que abre un texto. Básicamente de dos tipos, capitulares historiadas y capitulares ornamentales.

Ductus: Número orden y sentido del trazo de una letra o signo escrito.

Drôlerie: (*fr.* extravagancia). Representación mitad humana y mitad animal. Comúnmente en los bordes de los libros iluminados o en las letras capitulares como decoración.

Florador: Iluminador responsable de la confección de iniciales o decoraciones hechas con formas florales. Es un tipo de especialización dentro de los scriptoria.

Grafía: (*gr. Graphein, graphein* o escritura, descripción) Se refiere a toda representación trazada o escrita.

Iconografía: (*gr. Eikon, eikón*, imagen). Se refiere al conocimiento de las imágenes, su interpretación histórica, religiosa, literaria o social y es un requisito para entender una obra de arte.

Historiada (Capitular): Narración gráfica inserta en la forma de una letra, que destaca momentos clave de la vida de un personaje o un evento.

Ideograma: Representación gráfica de una idea o palabra que designa un objeto.

Incipit: Término latino que designa las primeras palabras de un texto.



Iluminador: Especialista encargado de la ornamentación de un manuscrito.

Inicial: (*lat. Initium*, inicio o principio). Se llama así a la primer letra de un texto resaltado por su tamaño o color.

Litografía: (*gr. Litos*, piedra) Proceso de impresión inventado en el s. XVIII que consiste en dibujar sobre una piedra blanda tratada con una solución química que provoca que el fondo repela tinta.

Líber: Corteza de árbol sobre la que se hacía una inscripción. Al parecer esta corteza procede originalmente del Líbano. La palabra libro procede de este término.

Manuscrito: Texto escrito a mano.

Minio (*lat. minium*, rojo) Pigmento obtenido del óxido de plomo.

Ornamental (Capitular o Inicial): Decoraciones formales de una letra realizados a partir de formas animales o vegetales.

Papiro: Forma más antigua del papel originada en Egipto y hecha a partir de tiras de junco prensadas.

Pentateuco: (*gr. Pentateukos*, obra de cinco volúmenes o libros). Los cinco primeros

libros del Antiguo Testamento.

Pergamino: piel de ternero, cabra, cordero o ciervo preparada especialmente para escribir. Eumenes rey de Pérgamo –actual Turquía– fue el primero en fomentar el uso de este material. A la parte interior se le llama *lado carne* y a la exterior, *lado flor*.

Recto: Página situada al lado derecho del lector. Anverso de una hoja de un códice o libro. Todos los manuscritos se enumeraban por hojas y no por páginas. El 23 recto o 23r señala el anverso de la hoja 23.

Rollo: Texto escrito y enrollado sobre un bastón de madera o marfil. Hasta la edad media se conocía en latín como volumen.

Scriptorium o **Scriptoria:** Literalmente “lugar para escribir”, es el lugar en el que se hacía el trabajo amanuense normalmente ubicado dentro de los conventos o monasterios y que se reconoce por tener una buena iluminación y una buena cantidad de pupitres.

Verso: Página de un libro situada al lado izquierdo del lector.

Volumen: Término latín para designar un texto enrollado en un bastón.

BIBLIOGRAFÍA

Hamel, Christopher, De. *A History of Illuminated Manuscripts.*

Ed. Phaidon, London, 1994.

Fingernagel, Andreas. *Esplendor y lujo de las biblias iluminadas.*

Ed. Taschen, Alemania, 2004.

Galileo Galilei. *Dos lecciones infernales.*

Trad. Adriana Arrieta Munguía. Ed. Verdehalago, México, 2006.

Galileo Galilei. *Dos lecciones infernales.*

Trad. Matías Alinovi. Ed. La Compañía, Madrid, 2012.

Lyons, Martin. *Libros. Dos mil años de historia ilustrada.*

Ed. Lumberg, Barcelona, 2011.

Mediavilla, Claude. *Caligrafía.*

Ed. Campgràfic, Valencia, 2005.

Pannikar, Raimon. *Upanishads.*

Trad. Daniel de Palma. Ed. Siruela, Madrid, 1995.

Suh, Ana. *Leonardo's Notebooks. Writing and Art of the Great Master.*

Ed. Black Dog & Leventhal Publishers, New York, 2005.

Roberto Grosseteste. *Summa Physicorum. Suma de los ocho libros de la Física de Aristóteles.*

Trad. J. E. Bolzan, Celina Lértora Mendoza. Ed. Universitaria de Buenos Aires, Argentina, 1972.

CRÉDITOS

Texto / Diseño / Fotografía / Ilustración
Juan Moreno Rodríguez • Scriptoria

Marisela Juárez Capistrán
Colaboración Editorial



JUAN MORENO RODRÍGUEZ
• S C R I P T O R I A •

este libro se realizó en
Felipe Martell No. 21, en Álvaro Obregón,
en la Ciudad de México
en el año 2019.

Se emplearon tipografías:
Trajan y Minion.

